

Iván Oñate o la pasión por el oficio

Pablo Yépez Maldonado

*Elking Araujo*¹

Universidad Central del Ecuador

pryepz@uce.edu.ec

*Yo,
que he sido cruel, tierno, torpe,
lúcido y
alguna vez
en ojos de un amigo que amé y
luego olvidé en una taberna: poeta...
(de El acusado)*

La muerte, como siempre, llegó sin anunciarse y sorprendió a Iván Oñate mientras concluía la edición del último número de la Revista *Anales*, el mismo que hoy se presenta. Hay una coherencia silenciosa en esa escena final: el poeta trabajando, corrigiendo, ordenando, exigiéndose hasta el límite. Un escritor —lo sabía— está hecho a la medida de sus versos.

En la *Revista Anales* N.º 372, al recordar a tres poetas fallecidos en 2014, evocó a Truman Capote y citó una frase de *Música para camaleones*: «Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse». Esa imagen —el talento inseparable de la disciplina— condensa su ética creadora y su rigor editorial.

¹ Pablo Yépez Maldonado; Dirección General Académica
Elking Araujo, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

El primer encuentro con la palabra del poeta Iván Oñate marcó a muchos y muchas de quienes se sentaron en las aulas de la Escuela de Castellano y Literatura. Lo que se escuchó entonces fue una voz atravesada por una fiebre intensa de amor por la literatura, capaz de contagiar para siempre a quienes la recibieron.

Para buena parte de los estudiantes, su producción era desconocida. En la educación secundaria predominaba la enseñanza de nombres consagrados, convertidos en referencias estáticas y casi fosilizadas, cuyos textos rara vez se leían. La literatura escolar comenzaba con Juan León Mera y concluía con Jorge Icaza. Iván Oñate, nacido en 1948, quedaba fuera de cualquier programa curricular. De esta manera, numerosos escritores y escritoras notables del país permanecieron desconocidos para generaciones enteras de bachilleres.

En 1995 falleció el poeta Rafael Larrea, el mismo que advirtió: «Cuídate, mujer, del que te mima. ¡Cuídate de aquel que te suspira y no te conduce por el camino del combate al mismo tiempo!». Fue Iván Oñate quien lo evocó por primera vez ante sus estudiantes, recordando su vocación revolucionaria y su convicción de que la literatura podía ser un arma política. Señaló entonces que quien sintiera amor por la literatura y la política debía acompañar los restos del poeta al día siguiente.

El teatro estaba abarrotado. Muchos permanecieron de pie en las gradas de la entrada. Se lo vio llegar: quien solía vestir de manera sencilla, con vaqueros y suéteres de lana, acudía esa vez con chaqueta y cuello tortuga. Subió las gradas tomado de la mano de Magdalena, su esposa, visiblemente conmovido. En ese momento se comprendió el significado profundo de la palabra «maestro» cuando un poeta la pronuncia acerca de otro. Porque quien se convierte en influencia contagia un fuego que no se apaga con la mundanidad, ni con las miserias laborales, ni con las triquiñuelas políticas. Así lo afirmaba Iván en sus clases y en los múltiples encuentros posteriores, incluso después de la graduación de sus estudiantes.

Iván Oñate militó en el partido de la literatura, ese en el que se entrega la vida a la palabra sin importar quién la lea. Para él, la existencia valía la pena cuando se traducía en verbo. Al mismo tiempo, mantenía una visión política clara. Por esos años releía *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx y citaba su conocida afirmación: «La historia ocurre dos veces: la primera como tragedia y la segunda como farsa».

Su enseñanza de la semiótica nunca se desvinculó de la realidad. Nada le era ajeno, y menos aún el acontecer político. Fueron tiempos de grandes derrocamientos: primero Abdalá Bucaram, después Jamil Mahuad. Resultaba imposible hablar de teoría, de semiótica o de literatura, sin atender a lo que sucedía alrededor.

Puesto que todo es signo, todo es realidad mediada, elaborada. Así lo analizaba Iván: desde los cuentos de Jorge Luis Borges hasta los impuestos que agobian a la vendedora de caramelos.

De ese modo, reveló territorios que también se volvieron propios para sus estudiantes: París y la Maga de Julio Cortázar; los cuentos de Borges; Barcelona como

ciudad de ciudades; la música de Beethoven y sus golpes del destino; Argentina y la primera lectura de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.

En una ocasión circuló una revista *Diners* que contenía un artículo firmado por Iván. Era un retrato de París y de su primera estancia en la ciudad. Permanecía en la memoria la imagen final: un joven Oñate alejándose en tren, contemplando por la ventanilla la torre Eiffel como un enorme cuerno elevado hacia el cielo.

¿Cómo no querer conocer París? Sin embargo, no era únicamente la ciudad lo que despertaba ese anhelo, sino la pasión con que Iván Oñate evocaba la experiencia de vivir. Podría haber descrito un tren abarrotado en Nueva Delhi, lleno de personas y animales domésticos, y el deseo habría sido el mismo: repetir lo narrado. No era el lugar, sino la intensidad de la mirada lo que transformaba la experiencia en destino.

Así inculcó otras convicciones: soñar con estudiar fuera del país; escribir poesía con la certeza de que la vida se nos va en cada palabra; contagiar, a través de la docencia, el mismo amor por la literatura.

Gracias a su gestión, por el auditorio de la Facultad desfilaron poetas y narradores nacionales y extranjeros que ampliaron horizontes estéticos y culturales, ofreciendo cosmovisiones y lecturas ausentes en los manuales y en las estanterías empolvadas. Convencido de que el debate y la confrontación dialéctica de ideas generan nuevas propuestas, propició la visita de diversos escritores e intelectuales. En el auditorio, los estudiantes de la carrera los confrontaban.

Iván Oñate también representó a la institución en múltiples escenarios internacionales. A su regreso, compartía con sus estudiantes las experiencias vividas. En una ocasión, tras volver de Inglaterra, formuló una confesión y una exhortación: no repetir los límites de su generación. Formada en la política del mundo bipolar y en un antiimperialismo radical, su generación rechazó todo lo «yanki», incluido el idioma. «Aprendan inglés», pidió entonces.

El contacto con otros países y otras lenguas le permitió revisar convicciones juveniles y transformar esa revisión en enseñanza. Así formó numerosas generaciones de docentes, hasta el punto de que algunos profesores actuales fueron sus alumnos. En su trayectoria pedagógica se confirma una certeza: ser docente es tocar el futuro.

Su oficio de poeta fue constante, lúcido y profundo. Los títulos de sus obras revelan sus inquietudes metafísicas: *La nada sagrada*, *El fulgor de los desollados*, *Anatomía del vacío*. La narrativa también formó parte de su creación. Su libro de cuentos *El hacha enterrada* alcanzó al menos nueve ediciones. Más allá de ese dato editorial, posee un mérito singular: quienes aman los libros en este país y alguna vez han fantaseado con sustraer un ejemplar de una estantería ajena probablemente hayan leído *El hacha enterrada*. Y recordarán que el desenlace puede conducir a terminar en ropa interior en la oficina de un gerente y ante la presencia de un policía.

Como director de la Escuela de Castellano y Literatura, su gestión posicionó la carrera en el ámbito internacional. Su defensa del renombramiento como Carrera de

la Literatura y Ciencias del Lenguaje respondía a su vocación de semiólogo: formar docentes capaces de enseñar más allá de los límites estrictos de la lengua.

El recuerdo de Iván Oñate, sin embargo, quedará forjado sobre todo por su obra, principalmente por su poesía, en la que se rebeló contra la rutina y contra la burocracia de la vida.

Desde que asumió la dirección de *Anales* en 2013, Iván Oñate fusionó, a la manera de los verdaderos poetas, el mundo de la ciencia con el de la literatura y las artes. Transformó la concepción rígida de una revista universitaria —una de las más antiguas y prestigiosas de Latinoamérica— en un espacio de diálogo interdisciplinario donde el pensamiento científico convivía con la creación estética.

Al cierre de uno de sus prólogos volvió a citar a Capote: «Entretanto, aquí estoy en mi oscura demencia, absolutamente solo con mi baraja de naipes y, desde luego, con el látigo que Dios me dio». La imagen del creador enfrentado a su propia exigencia acompañó su gestión editorial.

De la mano de Jorge Luis Borges, a quien citaba con frecuencia, procuró situar a *Anales* entre las revistas de referencia obligada, dentro de los cánones y sistemas que definen estatus, jerarquías y estándares académicos. Tras doce años de dirección y doce números publicados bajo su conducción, la revista alcanzó indexaciones en ROAD, LATINDEX Directorio y CROSSREF, ampliando su circulación y reconocimiento internacional.

En medio de esa tarea lo sorprendió la muerte, esa presencia que pasa inadvertida mientras se vive y cuya llegada no admite preparación. Surge entonces la pregunta inevitable: ¿cómo definir la vida de un poeta, de un escritor, de un docente, de un ser humano que pareció inventarse otra vida para disfrutar con mayor intensidad la que le fue dada?

Las ficciones refieren de un joven Oñate que fue a estudiar arquitectura en Argentina cuando ese país sufría el embate de una de sus tantas dictaduras. Pero renunció a tal proyecto cuando sintió «*aquel balazo, aquella flecha encendida, que lo alcanzó en pleno pecho y nadie pareció darse cuenta...*»². Abandonó sus estudios, regresó al país en 1969, estudió Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad Central del Ecuador y se doctoró en Semiología en la Universidad de Barcelona.

Fue en Córdoba donde fue inoculado con el virus de la literatura: descubrió a Julio Cortázar, leyó *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa —uno de sus referentes mayores— y devoró *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Años después recordaría que es preciso volver a tener veinte años para comprender lo que significó aquella lectura.

¿Qué puede hacer un poeta con un título de semiólogo bajo el brazo? Entregar-

2 *Aquel balazo, aquella flecha encendida, me alcanzó en pleno pecho y nadie pareció darse cuenta, yo era muy niño todavía.* Oñate, I. (2013). *Cuando morí* (2.ª ed.). Ecuador: Mayor Books.

se a la docencia con esa vocación que apasiona y consume, que lleva al maestro a exigirse hasta el límite para dotar de sentido a cada asignatura. Desde entonces, la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación fue su refugio, y la Escuela de Castellano y Literatura —posteriormente Literatura y Ciencias del Lenguaje— su proyecto más persistente. Desde allí contagió a centenares de estudiantes con esa pasión obsesiva por la poesía y la literatura. Sus viajes, ponencias y encuentros alimentaron la curiosidad de sus discípulos y ampliaron sus horizontes.

Según su concepción, no es posible enseñar literatura en términos técnicos: «No se puede enseñar literatura... porque es como enseñar a alguien a estar enamorado». Solo cabe enamorar a través de los textos, como aquel libro milenario al que acudía Borges para escapar de la sordidez cotidiana, o como Scheherezade, capaz de mantener viva la expectativa jornada tras jornada en las interminables historias de la tradición universal.

Su obra publicada incluye: *Estadía poética* (Argentina, 1968); *En casa del ahorcado* (1977); *El ángel ajeno* (1983); *El hacha enterrada* (1987, cuentos, nueve ediciones); *Anatomía del vacío* (1988); *El fulgor de los desollados* (1992); *La canción de mi compañero de celda* (1995); *La nada sagrada* (1998, 2010); *La frontera* (Colombia, 2006); *El país de las tinieblas* (México, 2008; Perú, 2016); *Cuando morí* (México, 2012; Ecuador, 2013); *Epistemología de la nada* (New York, 2017).

Como todo poeta que necesita expresar su mundo y su rabia, se rebeló contra la monotonía que fractura la pasión. En «La puerta» escribió:

No,
no lloraré, malditos. No me verán
llegar a rastras
y golpear en vuestra puerta...

Se forjó un espacio propio, al margen del tumulto y de las puestas en escena de los recitales tzántzicos, sus predecesores. Su poesía transitó hacia una intimidad desolada, donde denunciaba la voluntad devastadora de un dios que recoge sueños consumidos y apaga las luces del deseo.

Resulta paradójico que este número de *Anales*, que incluye un dossier dedicado a Rafael Larrea —amigo y compañero de generación—, contenga también esta evocación de quien integró poesía, literatura y arte en cada edición científica que dirigió.

En «Biografía apócrifa de Borges» refiere que «los materiales de un poeta / son la humillación y la angustia. / La convicción inexorable / de un destino desdichado». Sin embargo, lejos de la fatalidad, acumuló reconocimientos y amplió su círculo de amistades. Los encuentros literarios se convirtieron en espacios para difundir su obra y consolidar su lugar entre lectores y críticos.

Anales, difundida más allá de las fronteras nacionales, se convirtió en una de sus cartas de presentación, junto con su poesía, y permitió incorporar contribuciones

que incrementaron el espesor intelectual de la revista emblemática de la Universidad Central del Ecuador.

Caminó junto a Magdalena Mayorga, catedrática e intelectual del feminismo histórico ecuatoriano, compartiendo un largo trayecto de reflexión, creación y compromiso. En sus hijos sembró la pasión por el arte y la indagación sobre el espíritu humano y sus complejidades.

Su poesía se rebeló contra la monotonía y la rutina burocrática de la vida. Se forjó un espacio propio, al margen del tumulto de las generaciones anteriores, y transitó hacia una intimidad desolada y metafísica.

El recuerdo de Iván Oñate quedará forjado, sobre todo, por su obra y por el fuego que supo transmitir.

Si la vida de un poeta puede medirse, acaso por la intensidad del fuego que deja encendido. Iván Oñate enseñó que la literatura no es ornamento ni distracción: es destino, conciencia crítica y forma de vivir. Y que el amor —ese reflejo que cuelga del árbol del tiempo— puede apagarse en el instante, pero no en la memoria de quienes fueron tocados por su llama.